

¿QUIEN CONTROLA LA TV?

Un problema apasionante y de difícil solución se desprende de la influencia que sobre todos los sectores ejerce la televisión como medio de comunicación audio-visual por excelencia. La televisión puede producir nuevas actitudes y nuevos comportamientos. La repetición acompañada de lo atractivo, ante un público pasivo frente a la pantalla, origina de ordinario cambios en la conducta.

Balance de la TV comercial

La televisión tiene como meta el informar, educar y entretener. A través de 18 años de existencia, el balance de la TV comercial venezolana, a simple vista, da resultados negativos.

Su programación induce a una vida de lujo, ostentación, consumo y superficialidad. El lujo y la diversión aparecen como valores dominantes. La violencia, muchas veces, es el medio para alcanzarlos. Lo material priva sobre lo intelectual y lo moral. La baja calidad artística acompaña a esta concepción de la vida.

La ética en este campo de la televisión comercial se encuentra mediatizada por los intereses económicos de las diferentes plantas. Las empresas privadas no están dispuestas a perder dinero ni a conformarse con unas utilidades reducidas en relación con las inversiones realizadas. Además, ellas se excusan con los "surveys" de sintonía ("ratings") como factores determinantes de las programaciones que ofrecen. Los gustos del gran público muestran tendencias, según los referidos "surveys", hacia lo chabacano, lo morboso y lo violento. Lo que diariamente vemos en las pantallas reúne estas características.

Esto hace posible que los niños venezolanos lleguen a conclusiones como éstas (véase EDUARDO SANTORO, "La televisión venezolana", Caracas, 1969, p. 265 s.):

"El bueno es americano; los malos, de otros países, especialmente chinos o alemanes. Los buenos y los malos usan nombres ingleses. Cuando hay nombres en castellano, son los malos quienes los usan. Cuando hay seres de otros planetas, los buenos son los de la Tierra. Las cosas, las aventuras, ocurren en los Estados Unidos. Los buenos son blancos, solteros, ricos y pueden trabajar como policías, militares. Los malos son pobres, negros, oficinistas y obreros."

"La vida es para gozarla y divertirse. Lo importante en la vida es obtener una posición. El tener dinero y el ser bello. Los momentos más placenteros se encuentran en un buen whisky, un buen cigarrillo y una rubia a nuestro lado. El dinero lo puedo obtener por el juego o el robo. Es fácil robar. Muchos ladrones no son descubiertos por la justicia, etc."

"Los científicos son lunáticos que construyen armas que no pueden controlar, viven alejados de la realidad y no gozan de la vida... siempre son pobres, sólo cuando venden sus secretos encuentran la riqueza, etc."

¿Es ése el tipo de actitudes que queremos formar en nuestros niños? —se pregunta el Dr. Santoro—. ¿Es ésa la sociedad a la cual aspiramos? ¿Son ésos nuestros valores? ¿Es lo que más conviene al desarrollo de nuestra sociedad? ¿Cuál será el antídoto para este tóxico? (op, cit. p. 266)

Situación crítica

En el Congreso Nacional se ha pedido una revisión de la actual situación de la televisión comercial en Venezuela. De inmediato personeros de las empresas han protestado dramáticamente que cualquier tipo de medidas reglamentarias atenta contra el derecho inalienable de la libre expresión, contra el derecho a la libre empresa, contra la esencia de la democracia.

La televisión venezolana tiene un reglamento anacrónico, inoperante, que no se cumple ni en el contenido de los programas ni en la forma publicitaria de las cuñas. Existe una Comisión Asesora a la que nadie hace caso, pues no posee fuerza coercitiva para hacer cumplir el reglamento, que, aun con todos sus defectos, limitaría los excesos que hoy se cometen.

La reglamentación del sindicato profesional de trabajadores de radio y televisión tampoco es respetada, al menos en cuanto a los porcentajes de programas vivos. Los libre-

tistas venezolanos se encuentran sin trabajo porque las telenovelas son importadas de México, Argentina, Perú o simplemente Miami, y su precio es pagado a peso de papel y no por el contenido.

La auto-censura de la Industria de la Televisión resulta claramente ineficaz. Una formulación ideal en el papel, pero que nunca llega a funcionar. La explicación es sencilla: para vender se requiere una gran audiencia "dopada", con baja actitud crítica. La introducción de programas de calidad se supone lleva a una reducción de la audiencia y, en consecuencia, de los beneficios económicos. Por tanto, el fin de las empresas comerciales de televisión no es directamente ni cultural, ni social, ni moral

Hacia una Reglamentación eficaz

Ante esta situación resulta indiscutible la necesidad de una reglamentación y dentro de la misma un instrumento legal capaz de hacerla cumplir. Ahora bien, esta reglamentación debe concebirse con sinceridad democrática, pues ante su posibilidad los directivos de la Industria de la Televisión han expresado que se trata de una coacción a la libre empresa y comercio y una intromisión violatoria de los Derechos de Libertad de Expresión formulados en nuestra Constitución Nacional.

En relación al primer aspecto de libertad de empresa y comercio la objeción no parece seria. Nadie protesta porque los precios sean reglamentados en la venta de artículos de primera necesidad, y sin duda la televisión es un servicio público. La regulación en este campo, siendo racional, conforme al bien común, tiene que ser aceptada con buen sentido. ¿No es la democracia un gobierno representativo del pueblo, elegido por y para el pueblo?

En el terreno de la Libertad de Expresión se nos presenta una situación compleja y difícil de determinar. Una censura previa es, sin duda alguna, una limitación de este derecho; pero un programa peligroso para la buena marcha de la vida ciudadana es un atentado contra el bien público. Un programa revelador de defectos humanos y que establezca la posibilidad de imitación tiene un índice de peligrosidad incalculable. La libertad de expresión no nos autoriza a manifestar el mal gusto, la violencia, lo erótico, la carencia natural de valores humanos y morales. ¿Qué sentido tiene alardear de defensor de la democracia cuando se están minando sus mismas bases, su razón de ser y existir? ¿Queremos paz o guerra, verdad o mentira, amor o libertad sexual, una sociedad feliz o una sociedad ambiciosa?

Sin embargo, la solución en base a una censura previa, con fuerza coercitiva de limitación, puede poner un arma excesiva en manos del gobierno de turno, es decir, la facultad de cercenar toda expresión contraria a sus intereses políticos. El argumento de la buena fe de los gobernantes es válido en este momento determinado, pero no resulta útil para una legislación que ha de regir permanentemente.

Si elevamos por medio de una reglamentación cumplida el nivel de las programaciones en todos los canales, el público se irá educando. Si todos han mejorado sus programas, nadie será perjudicado y desaparecerá el fantasma de la nacionalización de la industria y estaremos colaborando en el engrandecimiento del país.

El plantear las soluciones no es tarea de aficionados ni se puede lograr con la celeridad deseada, pero es una tarea por iniciar de inmediato. Una solución sana, presentada por el Ejecutivo, discutida y aprobada por el Congreso, necesita también del respaldo de la opinión pública. Si ella es protestada por los órganos de difusión, si ella es minada por amenazas económicas y campañas políticas difamatorias y oportunistas, no va a quedar otro remedio que tomar acciones concretas para expresar el apoyo de una opinión pública responsable. Cada vez es mayor el número de personalidades, instituciones, empresarios y trabajadores, profesionales, comerciantes, padres de familia, las iglesias y sus pastores, que toman conciencia del problema.

Es momento propicio

La programación no tiene por qué ser aburrida. La frase de enseñar deleitando es posible. No se trata de una utopía. No se trata en modo alguno de convertir nuestra televisión en un aula universitaria. Se persigue que todo cuanto de atractivo ofrece la televisión cumpla una misión social de amplias proyecciones.

El momento es propicio. Estamos a tiempo de salvar nuestra televisión y con ello mejorar los conocimientos, sentimientos y comportamientos de todos los sectores del país. No olvidemos que la televisión está dentro de nuestras casas. Lo que de ella se desprende influye en los hijos y, quiérase o no, mediatiza actitudes ante los problemas que diariamente se presentan.

Realicemos ésta difícil labor, respetando tanto en la ley como en su aplicación lo relativo a una verdadera libertad de expresión, pero canalicemos en forma obligatoria nuestros valores éticos, sociales, artísticos y culturales. El resultado será el de una televisión digna, cuyas proyecciones sean, en el peor de los casos, simplemente positivas.